

En vista de lo expuesto, Inglaterra instó á Francia para que propusiese una demostración naval, como la promovida por ella para vencer la resistencia de la Puerta en el asunto del Montenegro. Freicinet se negó, explicando categóricamente como comprendía la acción de Inglaterra y la misión de Francia, cada una en su esfera propia, en lo tocante á la cuestión oriental. Con la caída del gabinete Freicinet y su sustitución por el de Ferry, sobrevinieron entorpecimientos y demoras, á causa de la debilidad del nuevo ministro de Negocios Extranjeros, Barthelemy-Saint-Hilaire. El trece de Noviembre, en un despacho dirigido á Mony, el sucesor de Freicinet decía: «Los representantes de Europa en Berlín entendían ejecutar un acto formal. Dando á Grecia un título, cuyo valor no puede negarse, las potencias contrajeron el compromiso moral de hacer cumplir los acuerdos adoptados; pero han quedado en libertad de elegir la hora y los procedimientos que estimen más oportunos para alcanzar el fin que se han propuesto.» La poca probabilidad que existía de conseguir una solución pacífica, dadas las pretensiones inconciliables de las partes interesadas, llevó al ministro francés á modificar su criterio. La circular del gobierno otomano de catorce de Diciembre denunciando las demostraciones hostiles de los griegos, impresionó mucho á Barthelemy-Saint-Hilaire, que, al comunicarla á los agentes diplomáticos de Francia, agregó: «A Europa corresponde poner de acuerdo á las partes desavenidas, si quiere evitar un conflicto, que la violencia de las pasiones, de un lado, y la obstinación de los espíritus, de otro, presentan como inminente.» El diez y siete de Diciembre, aventuró la especie de que, en Berlín, las potencias no habían dictado un fallo, sino dado un consejo amistoso, causándole, al parecer, tanto efecto los llamamientos á la concordia y las protestas de moderación y buena voluntad de la Puerta, que en adelante sólo intervino para tratar de ejercer presión sobre Grecia, queriendo que renunciase á la frontera trazada en Berlín. Por último, tres días después, formuló por vez primera su desgraciada proposición de arbitraje, que marcó un nuevo retroceso en la diplomacia francesa. Las objeciones harto fundadas de Bismarek evidenciaron que Alemania se daba cuenta exacta de las dificultades con que habían de tropezar, desde el primer momento, las nuevas negociaciones. Al comunicar á su jefe la opinión del gabinete de Berlín, añadía Saint-Vallier: «En cualquier caso, nuestra tentativa patentizará el deseo de las potencias de mantener la paz, debiendo mirarse como un esfuerzo honrado y generoso».

Saint-Vallier apreciaba con excesiva indulgencia el sentimiento producido por la proposición de su compatriota, con la que, en último término, sólo se consiguió desviar la cuestión del terreno, firme y sólido, en que estaba planteada. Afortunadamente, á pesar del mal éxito de las negociaciones promovidas por Barthelemy Saint-Hilaire, el cambio de notas que motivaron puso de manifiesto las buenas disposiciones de las demás potencias. Estas, lejos de considerarse desligadas de toda obligación por el hecho de rehusar

la Puerta someterse á las decisiones de la conferencia de Berlín, se mostraron unánimes en la opinión de que incumbía á Europa regular la diferencia turco-griega, teniendo Inglaterra cuidado de reservar su juicio acerca del valor de dichas decisiones, que, en su concepto, estaban dotadas de fuerza ejecutoria. Se celebraron, pues, nuevas conferencias en Constantinopla para fijar las fronteras de Grecia, pudiendo temerse, por un instante, que la cuestión entrara en la fase de las negociaciones dilatorias, de que tan bien sabía servirse la Puerta. Sin embargo, aunque el término del asunto se retardó todavía algunos meses, al cabo llegóse á él.

La misión de los embajadores residentes en Constantinopla debía reducirse á transmitir á sus gobiernos las proposiciones de Turquía, sin admitir debate sobre ellas: el resolver si eran ó no aceptables y sustituirlas, en su caso, por otras, correspondía á las potencias. Surgieron incidentes de carácter bastante delicado; pero, por último, el veintidós de Mayo de mil ochocientos ochenta y uno, se estipulaba una convención entre Grecia y la Puerta, en que se reproducía, mejorándolo en favor del imperio turco, el trazado de Berlín. Adoptábase, en efecto, como límite provisional, el curso del Arta y una línea que, partiendo de las fuentes de este río, terminase en el mar Egeo, al sur de Platamona. Se dejaba, por tanto, á Turquía la vertiente meridional del Pindo y la del Olimpo, hasta el sur de Elassona. La ejecución de lo acordado fué obra de poco más de un mes. Los comisarios europeos encargados de hacer entrega de las nuevas provincias á Grecia llegaron al Pireo el veintiséis de Junio, encaminándose el mismo día á Corfú, en donde se embarcaron con rumbo á Salachora y Arta en el vapor *Oris*, de la compañía griega, yendo escoltados por el buque de guerra *Hehis*. El general Saportzaky, el coronel Kokides y el capitán Constantinidés, representantes de Grecia, partieron al mismo tiempo con dirección á Corfú. Llenáronse todas las formalidades, y se ratificaron definitivamente las decisiones del congreso de Berlín.

Forma éste época en los fastos de la historia contemporánea, y es el suceso internacional más importante desde el tratado de Francfort. Con él se inician cambios trascendentales en la política general. Rusia, que, como hemos dicho, creyó haber sido juguete de Alemania, sólo pensó desde entonces en buscar apoyo en otro lado, de tal modo que las decepciones moscovitas en mil ochocientos setenta y ocho prepararon la aproximación franco-rusa. Por el contrario, Austria, pagada con esplendidez y alentada en «su marcha hacia el Oriente,» estrechó más su amistad con Alemania.